



MAESTRÍA EN EDUCACIÓN Y DESARROLLO HUMANO

CONVENIO UNIVERSIDAD DE MANIZALES Y CINDE

ARTÍCULO GRUPAL SOBRE RESULTADOS

**PRÁCTICAS DE CRIANZA DE BUEN TRATO EN FAMILIAS
MONOPARENTALES FEMENINAS EXTENSAS CON NIÑOS Y NIÑAS EN EL
PRIMER**

AÑO DE VIDA

Ángela María Orrego Cardona

Gloria María Montoya Muriel

Teresita María Gallego Betancur

Septiembre de 2011

Resumen

Reconociendo la primera infancia y en especial el primer año de vida como una etapa crucial en el desarrollo de las capacidades de las niñas y los niños, el papel que juega la madre en la labor de la crianza y el contexto familiar como escenario de socialización, se hizo un ejercicio investigativo cuyo objetivo fue visibilizar cómo vivencian las prácticas de crianza de buen trato y equidad de género con las niñas y los niños en el primer año de vida, un grupo de familias monoparentales femeninas participantes de la “Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez” de la Alcaldía de Medellín.

Para lograr lo anterior, se partió del análisis del contexto de vulnerabilidad social de las familias buscando comprender cómo a pesar de ésta, las madres asumen en su

proceso de crianza, prácticas de buen trato. Para ello se indagó por las prácticas de crianza de las madres que evidenciaban buen trato y se identificaron aquellas que estaban influenciadas por los estereotipos de género.

En coherencia con los objetivos de investigación, los constructos teóricos iniciales que orientaron el rastreo bibliográfico, la generación de información y el análisis de los datos, estuvieron relacionados con la vulnerabilidad; las prácticas de crianza, el buen trato, la familia y el género.

El ejercicio investigativo estuvo fundamentado en la comprensión de la realidad de la crianza en contextos vulnerables partiendo de las vivencias cotidianas, hallando el sentido de las prácticas desde la significación que tienen las mujeres que crían solas a sus hijas e hijos y que pese a esta circunstancia, logran tejer relaciones fundamentadas en el buen trato, favoreciendo de esta forma el desarrollo de capacidades en las niñas y los niños, tal es el caso de mejores relaciones consigo mismo, con los demás y con el entorno. Por ello, esta investigación respondió al modelo comprensivo desde un enfoque hermenéutico.

Las estrategias de generación de información, utilizadas fueron una entrevista grupal a las cuatro familias participantes y dos entrevistas semi-estructuradas a cada una de ellas, las cuales fueron realizadas en el 2010. Así mismo, los diarios de campo del equipo investigador fueron utilizados para registrar las impresiones, reflexiones y análisis producto del trabajo de campo.

Para el análisis de la información, se procedió, en primer lugar, a agrupar las tendencias que tomaron los datos a partir de la codificación in vivo. A partir de este ejercicio se configuraron y reconfiguraron los hallazgos con los cuales se dio respuesta a los objetivos de investigación. El análisis de los datos en comunión con los aportes teóricos y las reflexiones de las investigadoras, permitió la emergencia de tres categorías temáticas, sobre las cuales se estructuró la presentación de los resultados: contexto de vulnerabilidad de las familias, buen trato en la crianza y diferencias de género en la crianza. Cada una de ellas está configurada por unas dimensiones que se consideran como los aportes más significativos para el análisis que se hace de la crianza en condiciones de vulnerabilidad.

En la presente investigación participaron cuatro familias monoparentales¹, madres con niños y niñas en el primer año de vida, habitantes del barrio Popular Comuna 1 de la zona nororiental de la ciudad de Medellín.

Palabras clave: Vulnerabilidad, prácticas de crianza, buen trato en la crianza, diferencias de género en la crianza.

LA VULNERABILIDAD... MÁS QUE POBREZA, LIMITACIÓN EN EL EJERCICIO DE LAS LIBERTADES FUNDAMENTALES DEL SER HUMANO

Para iniciar este apartado, se hace necesario aclarar la diferencia entre el concepto de pobreza y de vulnerabilidad, pues si bien tienen una estrecha relación, no son sinónimos y ambos permiten un análisis más amplio del contexto de las cuatro familias que hicieron parte de esta investigación.

Estas familias, además de ser pobres por tener en el aquí y el ahora claras carencias económicas a razón de sus limitados ingresos, y sociales por su bajo nivel educativo, su condición de monoparentalidad femenina y el número de integrantes por familia, por citar sólo algunos elementos, también son consideradas vulnerables, en

¹ **Familia/Madre uno**, conformada por madre de 30 años, nivel uno del Sisben, con escolaridad hasta quinto de primaria, desempleada, con dos hijas (10 y 6 años) y un hijo (un año), comparte la vivienda con sus padres, con una hermana de 25 años y con tres sobrinos, en total son diez personas, cuatro adultos y seis niños y niñas. El sustento de la familia proviene de recorridos para pedir limosna que hace la madre los martes y los sábados, la venta de collares que elabora la hermana y la ayuda de los vecinos.

Familia/Madre dos, conformada por madre de 18 años, nivel uno del Sisben, con nivel de escolaridad hasta tercero de primaria, desempleada, embarazada y con una niña de un año. Comparte la vivienda con una tía y una prima, las cuales son las responsables de la economía del hogar fruto de las ventas de una tienda en la misma residencia. Adicionalmente cuenta con el apoyo de un vecino, que le provee los pañales para la niña.

Familia/Madre tres, conformada por madre de 22 años, nivel uno del Sisben, bachiller, desempleada, con un niño de un año, comparte la vivienda con sus padres de los cuales deriva su sustento, adicionalmente vive con dos hermanas y una sobrina.

Familia/Madre cuatro, conformada por madre de 27 años, en condición de desplazamiento intermunicipal, nivel uno del Sisben, con nivel de escolaridad hasta tercero de primaria, con dos hijos, uno de 11 años y uno de ocho meses. Comparte la vivienda con una hermana y sus sobrinos y el sustento económico proviene de realizar aseos por días, tanto ella como su hermana.

primer lugar, porque su realidad cotidiana las ubica en una situación de desventaja no sólo presente sino también futura para gozar de manera efectiva de oportunidades concretas que aumenten su calidad de vida, y en segundo lugar, porque difícilmente su contexto cambiará en el corto y mediano plazo, por tanto, su condición de riesgo tampoco desaparecerá.

Para García González (2010), la *pobreza*, o mejor las *pobrezas*, hacen referencia a las *situaciones de carencia efectivas y actuales, no sólo a nivel económico sino también social*, que impiden a las familias, la adquisición de un nivel mínimo de satisfactores básicos de orden multidimensional, relacionados con la salud, la educación, seguridad social, calidad y espacio de la vivienda, servicios públicos, alimentación, cohesión social, entre otros.

La *vulnerabilidad* por su parte, es concebida desde Pérez Contreras (2005), como una *situación de riesgo y desventaja que impide el ejercicio pleno de las libertades fundamentales, del ser humano, las familias o las comunidades desde sus diferentes dimensiones* (físicas, cognitivas, emocionales y sociales).

En este sentido la vulnerabilidad, aunque puede incluir a la pobreza, es un concepto más vasto que trasciende el tema de las necesidades básicas y se vincula con todos aquellos elementos de orden multidimensional que en el ser humano determinan su bienestar en el amplio sentido de la palabra.

Estas familias monoparentales femeninas con niños y niñas en el primer año de vida, han tenido que convivir con una historia de violencia, movilidad intraurbana y planificación urbana descontrolada que caracteriza los barrios de estratos bajos de la comuna Popular de la zona nororiental de la ciudad de Medellín. Paradójicamente, sobresale en todas ellas una actitud que se acerca a aquello que Nussbaum (2006, p. 6) llama la “capacidad de agencia”, referida no a la satisfacción de las necesidades per se, sino a las oportunidades a las que acceden las personas para elegir y actuar de manera contundente en función de una mejor calidad de vida. En el caso de estas familias, no podría decirse plenamente que tienen capacidad de agencia, no obstante, las actividades diarias que hacen para la búsqueda del sustento, la expresión permanente de afecto con sus hijos e hijas, el uso de la creatividad en la crianza y la asistencia asidua a programas

del Estado, como la Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez,² para estas madres y sus hijos e hijas, constituye una búsqueda del ejercicio de sus libertades y una cualificación de su rol de madres aun en medio de condiciones de vulnerabilidad.

Afrontando individual y colectivamente la vulnerabilidad

A continuación se presentan las principales formas que las familias, reconociendo su realidad de riesgo, asumen para hacerle frente a su condición de vulnerabilidad, aunque ello no signifique que dicha situación en efecto se supere.

Si bien es cierto que las cuatro familias participantes de esta investigación son consideradas vulnerables, es necesario tener presente que las condiciones de riesgo a las que se ven abocadas varían de una a otra, porque su dinámica de vida tiene algunos elementos diferenciales, tal es el caso de la forma como acceden al alimento para sus familias, el nivel educativo de las madres, la edad, el número de hijos a cargo, el número de integrantes por familia, el apoyo de la red familiar, de amigos o vecinos, por mencionar algunos; lo que las hace semejantes es el uso de estrategias para afrontar dichos riesgos, como por ejemplo, la ampliación de su horizonte temporal, la visión esperanzadora del mundo y la percepción positiva de sí mismas y de sus hijos e hijas lo que las lleva a convencerse de todo lo que son capaces de hacer por ellos.

Esta actitud alude a lo que Nussbaum (2002, p. 32), llama el “enfoque de capacidades humanas, es decir, aquello que la gente es realmente capaz de ser y hacer, de acuerdo a una idea intuitiva que corresponda a la dignidad del ser humano”. Para estas mujeres es claro que su bienestar y en especial el de sus hijos e hijas, depende de lo que ellas son capaces de ser y hacer por ellos y por eso aprovechan conscientemente su creatividad, las oportunidades que ofrece el medio y el afecto como mediador en las relaciones materno infantiles. La dignidad humana se materializa cuando estas madres se reconocen así mismas y reconocen en sus hijos e hijas, personas no sólo con limitaciones, sino seres con un inmenso potencial merecedores de condiciones que favorezcan su desarrollo y por tanto reflexionan, se movilizan y buscan alternativas que

² En donde encuentran apoyo de orden material -entrega de complemento alimentario- y social -acompañamiento profesional-.

dan cuenta de una posición no victimizadora de su realidad y por el contrario, actúan en función de brindarles una infancia mejor de la que ellas tuvieron.

Cada una de las madres de esta historia de buen trato, han sorteado su condición de vulnerabilidad según sus posibilidades personales y las oportunidades que su entorno de familia, vecinos y amigos les ha brindado. Algunas de ellas han superado su propia historia y han re-escrito un nuevo camino para sus hijos e hijas alejándose cada vez más de las huellas que dejó su infancia y la crianza que recibieron de sus padres, caracterizada, algunas de ellas, por el maltrato. Sus hijos e hijas son el principal aliciente para no desfallecer y es claro que ellos han sido el motor que ha movilizado su capacidad de respuesta para afrontar el panorama que en ocasiones es poco alentador.

Este proceder puede ser comprendido a partir de lo que Carol Gilligan en Fascioli (2010, p.43), explica en relación al desarrollo de la ética del cuidado en las mujeres:

...Se debe a su tradicional rol en la esfera privada, de involucramiento con la familia y preservación de la vida. Reconoce que este rol es una construcción cultural. La ética del cuidado es una orientación disponible para todo ser humano, pero ha estado más disponible para la mujer, por su rol de cuidadora.

El legado cultural para la mujer – madre – cuidadora y el vínculo afectivo que las une a sus hijos e hijas, porque son el fruto de su deseo frente a la maternidad, lleva a estas mujeres, a encarnar una ética del cuidado, en donde se es consciente de la responsabilidad de ofrecer bienestar a los niños y niñas, en tanto son la proyección de sus expectativas de una vida diferente, para cambiar, de algún modo, la historia que ha caracterizado su existencia.

Las madres se dignifican en su “trabajo”

La madre 1 para garantizar el sustento de su familia, acude a la mendicidad³, anotando que es valorada por ella, no desde el concepto literal de pedir limosna, sino como una opción laboral, entendida desde el imaginario de ocupación de la fuerza de trabajo. Vale la pena resaltar que para esta madre, dicha práctica es descrita lejos de cualquier rasgo de estigmatización y menosprecio, por el contrario, la considera como una de las posibilidades reales para “*ganarse el pan de cada día*”. Desde las oportunidades concretas que le ofrece el medio, la mendicidad es valorada como una práctica laboral que la dignifica porque le permite sentirse útil y acceder por sus propios medios al alimento para sus hijos, convirtiéndose en la única fuente de sustento de la casa que ella puede garantizar.

A la luz de los aportes de Carrasquilla (1996), pudiera pensarse que esta práctica de mendicidad que esta madre considera su “trabajo”, es decir, su medio de subsistencia, no va en la vía de “destrucción existencial de ella como pobre”, sino que aparece como una “condición liberadora”, porque ella tiene una conciencia de sí como ser con valor, con dignidad, aunque la condición económica y material no sea la mejor. En otras palabras, esta mujer no se ve a sí misma como mendiga, sino por el contrario, en esta práctica, se reconoce con un ser útil que es capaz de garantizar el sustento para su familia.

La verdadera liberación del pobre no empieza por lo económico. La liberación del pobre se inicia cuando entiende, que independiente de los bienes materiales, él vale y es persona como pobre (...). La lucha liberadora del pobre inicia cuando descubre que aunque es pobre vale, puede, sabe y tiene, y por lo tanto no puede mantenerse en condiciones materiales inhumanas. (Carrasquilla, 1996, pp. 29-30).

Aquí aparecen dos formas concretas de afrontar la vulnerabilidad como realidad cotidiana: la primera está referida a renocerse como una mujer con capacidad física para hacer largas caminatas en busca del alimento, superando la posición pasiva de quedarse a la espera de lo que pueda llegar. La segunda, alude al lugar subjetivo desde donde se lucha para suplir las carencias materiales, un lugar en donde ella no es víctima, sino

³ El nivel educativo de una de las madres –primaria completa- el número de hijos a cargo -3- y la condición de salud, hace que no tenga un empleo estable, pero como alternativa, decide habituarse a unos “recorridos”, dos veces a la semana, por los barrios para pedir limosna, lo cual se traduce en alimento para llevar a casa.

“trabajadora” y, los que están a su alrededor, no son sólo benefactores sino empleadores, posibilitadores de su ejercicio laboral.

A pesar del pasado, se puede construir un presente y un futuro diferente

Otra forma de afrontar la vulnerabilidad, está representada en la capacidad que tiene, la madre 2, para superar una historia de maltrato infantil y romper la herencia intergeneracional de rechazo y marginación. Esta ruptura ha sido posible en parte, por la presencia de adultos significativos que le han servido de apoyo en momentos cruciales de la vida y por los sentimientos esperanzadores que se han movilizado a partir de la experiencia actual de maternidad como un evento deseado, y que ha asumido como una oportunidad para reescribir en el presente y proyectar hacia el futuro la historia de crianza, sin necesidad de recurrir al pasado, el cual estuvo marcado por recurrentes hechos que denotan menosprecio y agresión.

Dicho pasado no es suficiente para destruir la ilusión de que una vida mejor es posible y afortunadamente surte el efecto contrario, y es la motivación para resarcir tanto dolor con expresiones conscientes de afecto hacia su hija.

Mi mamá decía que fue el peor error haberme tenido ella a mí, entonces yo pienso, ella por qué decía eso de mí, si ser mamá es lo más lindo así haya sido un error, haya sido en circunstancias malas o buenas es una experiencia muy bonita y el bebé no tiene por qué pagar lo de uno. Ella me dice que donde hubiera sabido que había métodos para abortar, me hubiera abortado. (Madre 2, entrevista individual).

Mi mamá siempre me decía que ella no me quería... No tuve el amor de una mamá que sí me quisiera, como el amor que tengo yo por mi hija, yo nunca sentí como ese amor... Ella me pegaba, me regañaba, ella hacía lo que quería conmigo (Madre 2, entrevista individual).

Esta mujer, a partir del afecto que tiene por su hija y de su capacidad reflexiva, ha construido una relación fundamentada en el aprovechamiento al máximo de su presente,

en función de lo que hoy puede hacer y que de alguna manera la reconcilia con su propia infancia, proyecta en su hija lo que debió ser su niñez, con la claridad de que su historia no cambiará, pero el presente y futuro de ambas ahora sí está en sus manos.

Optar por el autocuidado como mecanismo de protección

Continuando con las formas que estas mujeres tienen para afrontar la vulnerabilidad, se encuentra también su actitud alerta y defensiva, que se traduce en una disposición para identificar oportunamente los riesgos propios del entorno y la reacción inmediata, buscando con ello la mejor forma de sortearlos. Dicha actitud ha sido el mejor escudo de protección, cuidado de sí y de sus hijos e hijas frente a un contexto familiar y barrial que no ha significado un ambiente seguro.

Donde yo vivía con mi mamita hay un tío que le gusta mucho la marihuana, y entonces no me gustaba a mí vivir con él porque me daba miedo, por la niña, muchas veces llegaba con su droga encima a coger la niña, a cargarla recién nacida. Entonces mi mamita me decía que yo tan boba, “tan picada” que era el tío, y yo le decía, ¿y que tiene?, a mí no me gusta, es que la niña desde que nació yo no dejo que le den besos en la boca y a demás el tío no me gusta... Pues yo no digo nada porque la coja y cargue pero que a darle besitos en la boca no me gusta, entonces por eso yo tenía muchas veces discusión con él. (Madre 2, entrevista individual).

Desafortunadamente la vida en la ciudad no denota un cambio radical debido a la violencia, no obstante, la preservación de la vida es un imperativo que está presente en la cotidianidad de la madre 4, quien al no poder elegir un contexto menos violento, decide afrontarlo agudizando su observación, desarrollando su creatividad, y tomando la decisión de abandonar los lugares que representan un peligro inminente, que en suma es la adopción de prácticas de autocuidado.

En el tiempo que estuve en embarazo hubo mucha violencia; yo no podía salir, encerrada en el baño en embarazo de él... yo hice todo lo posible para que no saliera tan nervioso, tan apegado a mí, para que no sea un niño callado, triste, malgeniado, no. Yo me tranquilizaba, me encerraba en el baño hasta que..., igual

le hablaba mucho para que estuviera bien, porque yo veo que hay niños que se cae una tapa y brincan pa'riba, lloran; yo le hice muchas cosas para que el niño no saliera así, le ponía musiquita, me pintaba con vinilos... (Madre 4, entrevista individual).

En esta madre se observa un claro reconocimiento del riesgo del entorno, pero por encima de ello, aparece la conciencia frente a la adopción de actitudes y comportamientos que son asumidos como factores protectores y que se traducen en confianza, tranquilidad y calidez en la relación madre e hijo.

La reciprocidad entre parientes y amigos

Para la madre 2, que es adolescente, ganarse el pan de cada día ha sido posible gracias a su actitud diligente y colaborativa, producto de su posición intersubjetiva frente al concepto de reciprocidad, entendida como esa interrelación de ayuda mutua que posibilita el intercambio de apoyo de acuerdo a las posibilidades reales de cada quien, y que la ha llevado a encontrar acogida en su red familiar y de amigos.

Desde el nacimiento de su hija, momento en el cual encaró la responsabilidad de su sustento, ha vivido en casas de parientes y conocidos, con la claridad de que debe aportar con su trabajo (cuidando y arreglando la casa mientras los demás salen a trabajar, ayudando con las fritangas etc.), para compensar con ello el alimento que recibe para sí y para su hija. Esta es una posición que se puede catalogar como activa y que no se reduce a la súplica de ayuda sino que la ubica en un escenario de intercambio, negociación y conciencia del dar y recibir.

Para Nussbaum (2002, p. 122) este comportamiento tiene que ver con el ejercicio de una capacidad concreta que denomina Afiliación:

“Ser capaces de vivir con otros y hacia otros, de reconocer y mostrar preocupación por otros seres humanos de comprometerse en diversas maneras de interacción social; ser capaz de imaginarse la situación de otros y de tener compasión de tal situación; ser capaz tanto de justicia cuanto de amistad”.

“Poseer las bases sociales del respeto de sí mismo y de la no humillación, ser capaz de ser tratado como un ser dignificado cuyo valor es igual al de los demás”.

Hacer uso de la capacidad de afiliación -relacionarse con otros desde un lugar de equidad, dignidad y autorreconocimiento como un ser valioso- le ha permitido a esta madre tejer un vínculo fundamentado en la búsqueda consciente de la reciprocidad, es decir, dar y recibir, en términos de acogida, techo y alimento a cambio de colaboración en las labores domésticas.

Es necesario tener presente que no es lo mismo la relación con el mundo que puede establecer una mujer que asume una posición desde la cual se reconoce con capacidades y potencialidades, que puede poner al servicio de los demás y a través de las cuales puede acceder a un escenario de negociación entre iguales, que aquella que de antemano se considera en desventaja, inferior, indefensa, limitada y pretender por ello que el entorno está en deuda con ella. En este contexto se da una relación unidireccional y soportada en el asistencialismo, y por tanto, se puede tender al conformismo o por el contrario a la exigencia sin fundamento, mientras que en el primer caso, la relación está dada entre pares, porque se parte de lo que cada uno es capaz de aportar en función de un bien común.

La solidaridad entre vecinos

Los vecinos se hacen presentes en momentos apremiantes, “la sopita, la harina y la panela”, como lo refiere la madre 1, se convierten en una alternativa para que, por lo menos, los niños y las niñas no se vayan a la cama con el estómago vacío. En esta descripción se materializa el concepto de solidaridad que en Habermas alude a la “preocupación por el bienestar de los asociados que están en definitiva, relacionados en una forma de vida intersubjetivamente compartida” (citado en Benhabib, 2006, p. 216).

Esto significa que los vecinos no son extraños y se convierten en apoyo frente a la realidad de vulnerabilidad de las familias. La relación que se ha tejido entre unos y

otros los lleva a desarrollar un interés por ayudar en la medida de las posibilidades a los que están a su alrededor. En este sentido, se encuentra también lo que Carrasquilla llama los “valores del pobre, como por ejemplo el compartir, la generosidad, la entrega a los otros, la autenticidad, etc.” (1996, p. 32).

Para cerrar lo referido a la vulnerabilidad, se puede decir que las mujeres madres participantes de esta investigación, tienen básicamente dos elementos en común. Primero, la insatisfacción de sus necesidades básicas lo que las ubica en un lugar de desventaja para acceder al goce efectivo de sus libertades fundamentales y segundo, la capacidad de no autodeterminarse como víctimas, sino como protagonistas de su propia historia, que actúan, proponen, ayudan a otros y a partir de ello, obtienen como recompensa opciones para subsistir, sin necesidad de acudir a la lástima; le dan un giro a su subjetividad buscando siempre una salida a su realidad con la cual brindarle bienestar a sus hijos e hijas.

BUEN TRATO EN LA CRIANZA A PESAR DE LA VULNERABILIDAD

Es la familia el primer escenario de socialización en el cual los niños y niñas, vivencian a través de las prácticas de crianza las herramientas para enfrentar el mundo y adquirir así las competencias para relacionarse consigo mismo, con los demás y con el entorno. Geertz (1995, citado en Tenorio & Sampson, 2000), señala que los humanos nacen con unas potencialidades y es la cultura la que se encarga de llevarlos a un estado de mayor completud. En palabras de Savater (1991), el niño y la niña pasan por dos gestaciones: la primera se da en el útero materno, por determinismos de carácter biológico; la segunda, en la matriz social que lo inscribe en la cultura y vincula a variadas determinaciones de corte simbólico.

Es claro que los procesos de crianza no se supeditan exclusivamente a la relación madre e hijo, sino que en ellos intervienen otras personas que aportan al cuidado de los niños y niñas, sin embargo, para esta investigación, la relación madre e hijo-a, es la que tuvo mayor relevancia, dado que el interés se centró en las familias monoparentales femeninas.

En estas familias, la crianza es un proceso que suscita limitaciones y responsabilidades, máxime cuando se habla de una mujer sin apoyo de su pareja, ama de casa, con un nivel educativo bajo, y con más de un hijo; pero también alude a retos y oportunidades, pues en el proceso de socialización de este tipo de familias, son las madres fundamentalmente las encargadas de preparar a los hijos y las hijas para la vida social y dicha preparación está mediada por lo que ha sido su historia de vida y por la cultura. Las acciones que asume la madre –como adulto responsable de la crianza– están relacionadas con el cuidado, la protección, orientación y transmisión de normas, que adicionalmente están asociados a sentimientos que se van generando entre ella y sus hijos e hijas y que tipifican las actitudes y comportamientos que configuran el vínculo entre ambos. Dicho vínculo se convierte en un elemento esencial para entender la calidad de las interacciones y el sentido que moviliza las prácticas de crianza.

Pero el sentido de lo materno en estas familias, también trae consigo una fuerte connotación educativa, pues la mujer-madre, más que cualquier otro miembro de la familia, es la que posibilita procesos de humanización, socialización, educación y cuidado a través de prácticas comunicativas, de afecto y juego que están mediadas por factores sociales, culturales, económicos y emocionales que se dan dentro de su vida cotidiana.

Percepciones y concepciones de las madres en su experiencia de buen trato

Para las madres participantes de esta investigación, su percepción frente a la crianza, está estrechamente relacionada con *el cuidado y la educación* y la posibilidad que les da su presencia permanente en la casa para atender las necesidades físicas, emocionales, y sociales de sus hijos e hijas, por lo que hacen una valoración positiva de su experiencia como madres. Así mismo, la *transmisión de valores a través del ejemplo* es otro de los elementos evidentes en su discurso, al referirse a lo que se entiende por crianza. Consideran de gran valor ser consistentes entre lo que dicen y hacen con sus hijas e hijos. Ellas visibilizan un camino largo que las compromete en el acompañamiento para la educación de seres humanos con mayores posibilidades culturales y sociales.

Al indagarles por el concepto de buen trato hacia los hijos e hijas en su rol de

cuidado y protección, lo infieren claramente enunciando acciones que denotan *el significado contrario*, como: “no gritar, no golpear y saber hablar”, citando ejemplos que aluden al maltrato físico, verbal y negligencia frente a la alimentación, como aspectos que van en contra del buen trato.

Encarar el proceso de crianza, le ha significado a estas mujeres, *asumir nuevos roles*, renuncias, nuevas responsabilidades y la adopción de un pensamiento plural que incluye una nueva vida, en un momento histórico y cultural particular, donde se rompe en algunos momentos, con formas tradicionales de ser madres, heredadas de sus progenitores.

La vida se hace muy diferente, el cambio es tan drástico y tan duro... para mí cambió porque tuve que dejar muchas cosas, porque ya no tengo que pensar en mí sino en el bebé, ya tengo que hacer muchas cosas, por ejemplo buscar un trabajo, para brindarle lo que necesita. (Madre 1, entrevista grupal).

Para estas madres las actividades de crianza están marcadas por la *dualidad*, a veces son placenteras, otras preocupantes y dolorosas. Algunas de ellas manifiestan un sentimiento de felicidad y satisfacción al compartir con su hijo o hija, pero también de dolor cuando los ven sufrir y no saben cómo resolver las dificultades que caracterizan su vida cotidiana por las carencias a las que están sometidas estas familias. Esta dualidad está relacionada con el hecho de que las madres viven presiones de todo tipo dado que deben asumir solas la crianza, cumpliendo funciones paternas y maternas tradicionales, asumiendo múltiples roles de la casa, desarrollando tareas para generar ingresos, siendo un apoyo afectivo, de socialización y de cuidado; en últimas, sobresaturándose de funciones para asumir la crianza.

La interacción que se da entre estas madres y sus hijos e hijas, evidentemente está mediada por la percepción que tienen de ellos y ellas, como *personas con capacidades* y con características que se pueden potenciar a través de su acompañamiento.

Yo muchas veces la veo solita y ella es muy inteligente, por ejemplo ella coge una cosa y como que recuerda que yo le he dicho que esa cosa no se coge y

vuelve y la pone ahí... Es muy linda, muy inteligente, la quiero mucho. (Madre 2, entrevista individual).

La percepción que tienen sobre sus hijos e hijas devela la riqueza de la noción de infancia, o mejor de las infancias, de las niñeces, toda vez que no hay una manera única de ser niño o niña, ni tampoco una visión universal de estos y estas como consecuencia de la variabilidad sociocultural. Sus hijos e hijas son percibidos como personas activas, con capacidades, que aprenden, se expresan y son interlocutores válidos.

En esta misma dirección, Rogoff (1993, p. 35) señala que, “las destrezas que cada comunidad valora constituyen las metas locales del desarrollo. Las prácticas sociales que apoyan el desarrollo del niño se relacionan con los valores y actividades que, en esa comunidad, se consideran importantes”. Las madres visibilizan a sus hijos con proyectos de vida que logren alcanzar retos que ellas no alcanzaron y desean que se eduquen y aprendan muchas cosas. De ahí el interés de las madres de acompañarlos, jugar y dedicarles tiempo como posibilidades que los potencian en su desarrollo. Diferentes estudios⁴ muestran que el desarrollo que promueven los adultos en los niños y las niñas, se ancla en las potencialidades que cada grupo cultural selecciona y valora como significativas (Diaconia, 2003).

Prácticas de crianza de buen trato

Las madres perciben que sus prácticas de crianza están caracterizadas por el buen trato cuando al reflexionar sobre ellas y dando ejemplos concretos de su vida cotidiana, ellas mismas encuentran que están mediados por el *afecto*, potenciando la interacción con sus hijos e hijas, siendo capaces de ubicarse en el lugar del niño o la niña, de sus gustos, intereses y necesidades con el único objetivo de propiciarles bienestar.

⁴ Se invita al lector/a a revisar investigaciones como: Tenorio, M. (Ed.). (2000). Pautas y prácticas de crianza en veintitrés regiones del país. Serie de documentos de investigación. Ministerio de Educación Nacional y Organización de Estados Iberoamericanos – OEA-. Santafé de Bogotá: Punto Exe; Diaconia. (2003). Iniciando la vida en los Andes. Aproximación a los patrones de crianza de familias andinas en la cordillera negra. Lima: Roel.

Lo acaricio, le doy besos, abrazos, lo consiento, lo mimo y entonces lo cojo y le doy mucho, mucho, mucho amor porque él es muy tierno.... Cuando yo le preparo algo bueno, algo rico, cuando lo saco al parque, cuando veo que de pronto tiene un malestarcito, y entonces yo brego a hacer lo posible para que se alivie, entonces yo veo que todo eso, es afecto para mi bebé. (Madre 4, entrevista individual)

Existe una tendencia importante en estas madres a considerar que el afecto es fundamental para el buen trato en los procesos de crianza y piensan que lo materializan al dedicarles tiempo para compartir con ellos y al expresarles los sentimientos que éstos les genera ya sea cargándolos, acariciándolos, besándolos o mimándolos.

Según (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 24) “Uno de los componentes más importantes de las relaciones afectivas que forjan a una persona sana es el hecho de haber sido atendido, cuidado, protegido y educado en periodos tan cruciales de la vida como la infancia... Estos procesos, que denominamos “buenos tratos”, han sido fundamentales para sobrevivir como especie, pues han hecho que surgieran, desde tiempos remotos, dinámicas de colaboración entre seres humanos y capacidades adaptativas frente a los desafíos del entorno”.

La relación madre – hijo/a que se da en las familias que participaron de la investigación, se convierte en un escenario donde se recrean y se construyen nuevas interacciones, en donde se reconoce que el afecto se expresa mutuamente y el deseo de permanecer juntos está por encima de las condiciones de pobreza y necesidad que caracteriza su vida cotidiana.

En las mañanas cuando yo estoy durmiendo, él se despierta, y es como cuidándome, me da besitos y me muerde...Él también me coge y tiene demostraciones de cariño conmigo. (Madre 3, entrevista individual).

Las madres perciben que la relación con sus hijos se construye y reconstruye cada día, las relaciones se tejen en la cotidianidad y hay una valoración por la expresión de los afectos y una construcción de equidad en estas expresiones. Al respecto Barudy y Dantagnan recalcan que:

Varios investigadores insisten en que la base del altruismo social depende principalmente de los cuidados afectivos que los niños reciben, sobre todo en su primera infancia. Los niños y las niñas tienen derecho a vivir en un contexto de seguridad emocional, así como a disponer de lazos afectivos con adultos “suficientemente disponibles” y accesibles. Capaces de transmitirles una aceptación fundamental, de proporcionarles el apoyo indispensable para la aventura de crecer y un clima emocional donde la expresión de los afectos sea posible. (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 64).

Otra de las prácticas de buen trato a las que las madres dan relevancia es *la satisfacción de la necesidad básica del alimento*, por encima de las condiciones de pobreza. Para ellas, es vital tener cada día los alimentos para sus hijos e hijas, porque ellas saben lo importante y necesario que son para su salud y vida, y buscan la manera de que estos no aguanten hambre, tengan una alimentación balanceada en lo posible y coman periódicamente, esta es una de sus prioridades fundamentales:

¿Cuáles actos consideran que son de buen trato?] “No dejarlos aguantar hambre”. (Madre 1, entrevista individual)

Me preocupo mucho porque coma, porque tiene muy poco apetito... El casi no le provoca comer, entonces lo traje esta semana a una cita y le mandaron una leche y una vitamina, haber si con eso lo ayuda... Me preocupo mucho, trato de buscar la manera de conseguirle lo que necesita para comer. (Madre 3, entrevista individual)

En su momento, la lactancia materna a libre demanda fue la opción de proveer permanentemente a sus hijos e hijas del alimento que les permitiría crecer sanos, aunque la alacena se encontrara vacía. Todas las madres alimentaron de pecho a sus hijos y consideraban que debían hacerlo a libre demanda porque les traía muchos beneficios, tanto en lo nutricional como en lo afectivo, permitiéndoles tranquilizarlos y dándoles seguridad:

Dicen que los previene de muchas enfermedades –refiriéndose a la lactancia-... Es muy importante para las defensas, los huesitos, los dientes, es lo más importante... Lo alimentaba todo el tiempo, cada dos o tres horas... Es una

necesidad para ellos, porque eso les ayuda mucho a ellos, me fue muy bien, todavía lo alimento... (Madre 1, entrevista individual)

Paradójicamente en medio de la adversidad y la pobreza las prácticas alimentarias se resignifican; evidenciando los aprendizajes sobre la importancia de centrar un interés especial por el balance nutricional como eje de una buena alimentación, más que por la cantidad. Los obstáculos que se esgrimen, en el caso de posibles deficiencias, son especialmente de orden económico.

Siguiendo la línea de las prácticas de buen trato, se encuentra que *la ambientación y generación de espacios significativos* para los niños y niñas son de gran importancia. “El término espacio significativo no se refiere exclusivamente a un lugar o espacio físico. Se utiliza como metáfora para describir la variedad de situaciones que el adulto puede utilizar y aprovechar para que los niños y las niñas vivan experiencias novedosas y desafiantes... Los espacios educativos significativos son ambientes de aprendizaje que favorecen la construcción de nuevos conocimientos y fortalecen las competencias necesarias para enfrentar las demandas crecientes del entorno”. (Ministerio de Educación Nacional: 2010, p. 22). En sus prácticas de crianza, estas madres no solo se preocupan por el cuidado, sino también por la comprensión de los intereses y necesidades de sus hijos e hijas, ofreciéndoles un ambiente que los enriquezca y les permitan experiencias gratas.

Yo juego, yo le enseño cosas, lo llevo a los parques, le enseño muchas, muchas cosas, mantengo decorándole el espacio donde él duerme, lo decoro con dibujitos y muñequitos... Lo relaciono con muchas personas, con niños, porque yo sé, que a él lo que más le encantan son los niños, entonces eso es lo que yo hago cuando lo llevo a los parques a jugar con él. (Madre 4, entrevista individual).

Le leo y le muestro cositas... me gusta mucho ir a la biblioteca porque en la biblioteca uno encuentra libritos con historias muy bonitas, y con cosas muy bonitas para enseñarle a los niños... Le canto, le bailo lo pongo a bailar conmigo, entonces él todo eso lo aprende, todo eso lo hace muy feliz a él, entonces yo veo que las cosas buenas que a él le gusta se las practico más, se las hago mucho más. (Madre 4, entrevista individual).

Estas madres aun sin tener un alto nivel de educativo, les ofrecen a sus hijos-as experiencias que favorecen su desarrollo respondiendo con ello no solo al buen trato, sino al compromiso que solo un vínculo afectivo fuerte entre dos seres puede facilitar. Como lo expresan Barudy y Dantagnan.

El buen trato al niño incluye también permitirle vivir en un ambiente relacional capaz de ofrecerle interacciones que faciliten el desarrollo de sus capacidades cognitivas. El niño debe ser estimulado y ayudado en el desarrollo de sus órganos sensoriales, su percepción, su memoria, su atención, su lenguaje, su pensamiento lógico y sobre todo su capacidad de pensar y de reflexionar. Los adultos han de aportar a los niños la estimulación y las informaciones necesarias para que puedan comprender el sentido de la realidad, reconociéndose en ella y distinguiendo su medio de vida. En un modelo de buen trato, los adultos significativos harán todo lo posible para satisfacer las necesidades cognitivas de estimulación, de experimentación y de refuerzo. (2005, p. 68).

Las madres tienen prácticas que involucran el cuerpo, las relaciones con el medio, con los otros, las búsquedas de información, el aprovechamiento de los espacios públicos, los objetos dentro de la casa propiciando prácticas, experiencias y ambientes donde se tiene en cuenta la estimulación para el aprendizaje de los niños y niñas. Enriqueciendo así las biografías de estos nuevos seres, tratando de incluir a sus hijos e hijas en los legados de la cultura con estas nuevas experiencias, donde se comparten los gestos, los lenguajes, los deseos, las experiencias de maneras particulares, aportando a la alquimia de la vida donde finalmente no sabemos cómo impactarán y como contribuirán en la formación de estos, pero que en general se realizan con la mejor intención.

Arendt, (citada en Diker: 2009, p. 15) plantea la importancia de preservar lo que es nuevo y revolucionario en cada niño, proteger la novedad que traen los recién llegados para introducirla "*como un fermento nuevo en un mundo ya viejo*" protegiendo la promesa de renovación de la infancia, presentándole a los niños y niñas el mundo, hacerles un lugar, inscribirlos en la cadena de las generaciones, para así también proteger ese mundo, para que los niños y niñas encuentren el modo de realizar lo nuevo sin atentar contra él.

Las madres expresan claramente que la posición del adulto frente al mundo es diferente a la forma como los niños asumen su vida, reconocen que ellos tienen otras lógicas y otras relaciones que son necesarios comprender y aceptar.

Cuando por ejemplo se levanta muy extrovertido que él quiere todo, coge todo, corre por toda la casa, quiere cogerlo todo... eso es un día para él muy normal... es muy diferente cuando él se levanta con fiebrequita ya no juega ya no quiere nada. (Madre 4, entrevista individual.)

Existe una tendencia a acompañar a los niños y las niñas en su cotidianidad, asumiéndolos como interlocutores válidos donde se dan niveles de comunicación significativos, visibilizados en sus narraciones.

Un elemento adicional que vale la pena referenciar como práctica de buen trato, tiene que ver con la *comunicación*. Según Vygotsky (citado en Peralta, 2006), el desarrollo humano no puede entenderse únicamente en términos de fuerzas biológicas, sino de la interacción social que permite la interiorización de instrumentos culturales, por ejemplo, el lenguaje. Un lenguaje en doble vía de escucha y habla con sentido.

La satisfacción de las necesidades cotidianas de los niños y niñas, en su aspecto físico y socioemocional está mediada por estrategias comunicativas. Se estructura a través del reconocimiento del otro o la otra (hijo/a) con la capacidad para comprender y responder a los mensajes y orientaciones. En este sentido, las estrategias comunicativas más utilizadas por las madres son la *conversación* y *el canto*, como elementos privilegiados para la dotación del significado de la vivencia cotidiana.

Él es como haciéndome preguntas, digo yo, porque él ve alguna cosa y señala, le explico... estos son los pajaritos, le enseño mucho el sonido de los animales, hablo mucho con él. Hablarle mucho y cantarle mucho, siempre le explico cómo se llaman las cosas, le canto Pimpón. (Madre 3, entrevista individual).

Las madres reconocen en el *llanto* otra forma de comunicación del niño y la niña en sus primeros meses de vida, y por tanto, buscan siempre responder oportunamente a

estas demandas. Ellas tienen claro que el llanto no sólo es una muestra de una necesidad biológica (alimentación, abrigo, aseo) sino que también es la forma que el niño y la niña tienen para manifestar su angustia frente a alguna situación de amenaza. Ellas desde su lenguaje sencillo y práctico, interpretan esa primigenia forma comunicacional, le dan un sentido y atienden sus demandas a partir de la significación que adquiere para ellas el tono y o la frecuencia de ese llanto.

Quando llora, lo cargo y le doy un juguete. (Madre 1, entrevista individual).

...Él es llorando y yo no lo quiero soltar...Le canto o le pongo un video de muñequitos y él se calma. (Madre 3, entrevista individual)

Las madres con su acompañamiento buscan tranquilizar a los niños y niñas a través de las caricias o las palabras afectuosas, además de tratar de comprender la causa de su malestar, ahondando en comprender al otro-a y generar lazos de acercamiento. En general, ellas buscan estrategias de apoyo y soporte emocional, por sus propios medios, o recurren a personas externas que les ayuden a comprender qué les sucede a sus hijos e hijas.

“Muchas veces cuando ella no quiere nada no hace sino llorar, o cuando le duele algo llora mucho...Se la llevo a mi prima y ella le hace alguna cosa, le da comida y si no, ahí sí uno corre para el hospital con ella”. (Madre 2, entrevista individual).

En ese sentido, las investigaciones realizadas por la doctora Shelley E. Taylor y su equipo (2002) citado en (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 36) describen como “los comportamientos cuidadores de las madres, como calmar a sus hijos, tranquilizarles y atender sus necesidades, al mismo tiempo que encontrarles escondites en el entorno, resultan muy efectivos ante un amplio conjunto de amenazas. Al tranquilizar a sus crías y ponerlas fuera de peligro, en muchas ocasiones logran salvarles la vida”

De otro lado, las prácticas de buen trato de las madres hacia sus hijos e hijas, se manifiesta en las rutinas diarias de *cuidado* y *juego* que les permite interactuar

permanentemente y estar pendientes de los niños y las niñas tanto tiempo como sus obligaciones domésticas se lo permiten.

Yo me levanto a las 5:30 hago lo que tengo que hacer, si tengo ropa para lavar la lavo para tener más tiempo con mi bebé, o si quiero salir, entonces me levanto, hago todo, si quiero salir me arreglo, arreglo la niña y me voy"... Hago los oficios de la casa y el resto del día me quedo con ella (refiriéndose a la niña) escuchando música y viendo televisión juntas, nos ponemos a jugar. (Madre 2, entrevista individual).

Para estas madres, el juego es el principal escenario de interacción, posibilitador de desarrollo de diverso orden. El juego tiene un sentido especial para ellas, en tanto actividad natural de la infancia; ser niño o niña, es inherente a jugar, razón por la cual todas las madres entrevistadas lo posibilitan, aunque no lo saben teóricamente, lo reconocen en su cotidianidad y lo hacen en sus prácticas cotidianas. A través del juego las madres buscan que sus hijos e hijas experimenten nuevas experiencias, se relacionen con el mundo y adquieran nuevos conocimientos. La creatividad se pone en evidencia, dado que se permiten recrear los espacios y usar los objetos de la casa como juguetes.

Estos espacios enriquecen las vivencias de los niños porque se realizan amorosamente y propician experiencias significativas de aprendizaje vital. Se incorporan unas prácticas de crianza que respetan al otro-a, sin temores en la expresión de la afectividad y comprendiendo que esto no implica pérdida de autoridad, sino que son renovadas interacciones que se construyen y reconstruyen en un continuo aprendizaje bidireccional, fortaleciéndose el vínculo afectivo, que posibilita irse formando como personas poseedoras de una postura ética y de comportamientos altruistas necesarios para establecer relaciones familiares y sociales basadas en modelos de buenos tratos hacia sí mismos y hacia los demás.

Según (Barudy y Dantagnan: 2005, p. 92) "la parentalidad bientratante presenta un estilo educativo centrado en las necesidades de los niños y niñas, que siempre son considerados sujetos de derechos. En este sentido, los padres o cuidadores asumen la responsabilidad de ser los educadores principales de sus hijos e hijas, ejerciendo una autoridad afectuosa caracterizada por la empatía".

Pasando a otra práctica de buen trato presente en las familias que participaron en la investigación, se observó un interés de las madres frente a la *introyección de la norma* en sus hijos e hijas desde los primeros meses de vida, presente principalmente en adopción de rutinas para la alimentación, el sueño y el aseo, así como el “llamado al orden” –como ellas le llaman- cuando el niño o la niña tiene algún comportamiento que según las reglas familiares y sociales no es correcto.

Enseñarle cosas buenas, y llamarle la atención cuando hay necesidad de hacerlo. (Madre 4, entrevista grupal).

Le he enseñado que no debe faltarle al respeto a la gente, y que siempre que vaya a hacer algo conmigo, que primero me pregunte a mi si lo debe o no hacer”... (Madre 4, entrevista grupal).

La implementación de la norma se revela como una situación crítica en la crianza; por un lado está la expectativa de las madres de permitir en los niños y la niñas la formación de su autonomía, participación y autogestión; pero por el otro, el límite racional que no redunde en la estricta obediencia ni tampoco en dejar hacer al niño y a la niña su voluntad sin ningún tipo de restricción.

Las madres, como principales agentes de crianza y socialización comparten con sus hijos e hijas sus propios valores y la percepción de sí, del otro, del mundo y de la historia y las formas de aproximación y manejo de la realidad que ellas han ido construyendo en su propia biografía. En su cotidianidad evidencian sus principios éticos y morales, reflejado en el respeto por el otro y lo otro, en su sentido de justicia y la asimilación de la situación social que viven, la capacidad reflexiva de su propia biografía, que se refleja en las prácticas de crianza basadas en el buen trato.

Se podría decir que las prácticas de crianza de buen trato hacen parte de una construcción ética de estas mujeres participantes, si tenemos en cuenta que la ética solo es posible sobre la base de la auto reflexión y aunque sus posibilidades no sean muchas en materia económica, educativa y social, tienen la capacidad de elegir y eligen el buen

trato con sus hijos e hijas y esta se convierte en su propia posibilidad de una ética práctica de la vida cotidiana.

No podemos dejar de mencionar que la asistencia de las madres y sus hijos e hijas a la *Estrategia Buen Comienzo Había Una Vez y a los controles de crecimiento y desarrollo*⁵, además de constituirse en un espacio educativo que influye en las prácticas de crianza, son también prácticas de buen trato de estas familias, en los que se materializa una visión de cuidado soportada en la garantía de derechos de los niños y las niñas.

Yo siempre cuando ando con el niño ando con un registro, con carné de vacunas, de control y desarrollo, ando con muchas cosas de él... yo siempre salgo con papeles, con de todo... Me gustan mucho estos programas, yo saco el tiempo así no lo tenga, pero me gusta estar con el niño, compartiendo con otros niños... Le enseñan a uno a educar a los niños, estar bastante tiempo con los bebés, cantarles, dedicarles tiempo (Madre 4, entrevista grupal).

Buen Comienzo Había Una Vez, es un espacio de socialización de experiencias significativas frente a la crianza en donde las familias se encuentran con sus pares, en un escenario de construcción y reconfiguración de rol materno y de las capacidades que a través del juego y el afecto se pueden potenciar en los niños y niñas. Las familias reconocen que la estrategia Buen Comienzo Había Una Vez, les ha dejado huellas importantes para incentivar prácticas de buen trato en la crianza referidos a la incorporación de mejores hábitos alimentarios, conciencia frente a los ritmos y las rutinas de los niños y niñas, relaciones afectivas más sólidas y la adopción de prácticas de estimulación que aportan al desarrollo infantil.

DIFERENCIAS DE GÉNERO EN LA CRIANZA

Es importante abordar la categoría de género en esta investigación, porque nombra las diferencias entre mujeres y hombres y su significación cultural e interroga

⁵ Si bien no fue objetivo de este estudio analizar el impacto que el programa buen comienzo ha tenido en esta familias, es inevitable hacer alusión a ello, puesto que las madres participantes de la investigación pertenecen al programa y porque fue precisamente reconocido por ellos. Queda entonces para otros estudios posteriores investigar el impacto que pueden tener.

una de las determinantes del sujeto, las subjetividades e intersubjetividades que acontecen en los vínculos humanos desde las identidades de ser mujer o ser hombre.

Entender qué es y cómo opera el género, categoría analítica que surgió para explicar las diferencias entre hombres y mujeres, poniendo el énfasis en la noción de multiplicidad de identidades, ayuda a vislumbrar cómo el orden cultural produce percepciones específicas sobre las mujeres y los hombres, que se erigen en prescripciones sociales con las cuales se intenta regular la convivencia.

Para Marta Lamas (1994, p. 1) el género es la simbolización cultural construida a partir de la diferencia sexual, que rige el orden humano y se manifiesta en la vida social, política y económica. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad, se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres. Coincidiendo con la autora, no se trata de negar la diferencia sexual, sino de reconocerla sin que se traduzca en desigualdad, es decir, en una asimetría donde la mujer está en desventaja con respecto del hombre. Y aunque la naturaleza de la sociedad no se puede explicar solamente desde el género, muchas preguntas sí giran alrededor de la institucionalización de la desigualdad a partir del género.

Consideramos muy importante observar en las familias participantes de nuestra investigación, si se presentaban diferencias de género en la crianza de sus hijas e hijos que pudieran incidir en las prácticas de buen trato en la primera infancia, para determinar si estas diferencias potencian o impiden el desarrollo de los sujetos, inscriben a los niños y niñas en la diferencia o la igualdad, y si efectivamente las madres participantes consideran en desventaja a sus hijas frente a sus hijos.

“Prefiero un hijo varón...”

Resulta habitual en nuestro medio que, al hablar de las hijas y los hijos en el proceso de crianza, rápidamente se suscite al interior de la familia algún debate sobre las dificultades o facilidades que representa tener un hijo varón o una hija mujer. Una cuestión que termina, en la mayoría de los casos, reiterando estereotipos, ideas preconcebidas y en ocasiones erróneas que pueden dar al traste con las prácticas de buen

trato que se espera desarrollar para dar respuesta correcta a las necesidades infantiles de cuidado, protección, educación, respeto, empatía y apego.

En el caso particular de tres de las mujeres participantes de la investigación, estas manifiestan una gran satisfacción por estar al cuidado de sus hijos pequeños y expresan un deseo profundo e inexplicable por tener un hijo varón. La razón que aducen se relaciona con el hecho de que en la familia no había más hombres que el padre. Sin embargo, consideramos que el deseo de concebir un niño o niña trae consigo emociones que obedecen a expectativas fundadas en la historia de vida o en los patrones culturales que rigen la dinámica familiar.

Desde el principio un niño. No sé, porque todos los niños me han parecido muy lindos como en la casa todas somos mujeres el único hombre era mi papá, fue más que todo por eso. (Madre 3, entrevista individual).

Ancestralmente, el deseo de que el primer hijo fuera varón estaba ligado a la continuidad de la estirpe, el linaje, la permanencia del apellido del padre, es decir, está íntimamente relacionado con el poder masculino en una sociedad patriarcal, un poder que se extendía sobre toda la familia. En el contexto de estas familias, puede estar relacionado con la posibilidad de acceder a la seguridad y la fuerza que ofrece un hombre y que les ofrece mayores opciones de defensa frente a los riesgos que pueden correr las mujeres en nuestro contexto, dada su estigmatización de frágiles, pero también por la vulnerabilidad real en la que transcurre la vida de estas familias.

Otra postura nos la presenta Luce Irigaray (citada en Burín y Meler, 1998, p. 188) cuando se interroga acerca del deseo tan extendido y compartido de las mujeres de tener un hijo varón. Le resulta fácil comprenderlo en el caso del padre (la fantasía de renacer a través del hijo varón), sin embargo, considera que sólo la devaluación cultural de la condición femenina explica, a su entender, que muchas mujeres prefieran reproducir a sus compañeros en sus hijos antes que a sí mismas.

El cuidado es lo primero

En general, las madres consideran que sí hay diferencias en la crianza de niños y niñas porque las niñas requieren más cuidados y mayor protección. Una percepción basada en una creencia popular que responde a la cultura patriarcal, según la cual los hombres son de la calle, de lo público y las mujeres son de la casa, es decir, del ámbito de lo privado. Lo que hace suponer que es más sencilla la crianza de varones, ya que se parte de la idea de que al otorgarles mayor libertad física y corporal, pueden ser más autónomos, menos demandantes, aprenden a “defenderse” y serían menos vulnerables a cualquier tipo de abuso, incluyendo el abuso sexual.⁶ Pero también responde a un sentido de mayor protección hacia las mujeres puesto que en nuestra cultura, los espacios públicos están en poder de los varones.

Las niñas son de más cuidado, y necesitan aprender más de pronto, porque uno no quiere que a esa niña le pasen cosas malas, porque ahora en día no es como antes que uno le encargaba la niña a la vecina, ya eso no se puede hacer, y la niña necesita criarla demasiado bien. En cambio a un niño es más fácil cuidarlo de sus salidas, pero a una niña no se le da larga como a un niño, porque a uno el niño le dice, mami voy a jugar a la cancha, y en cambio la niña dice mami voy a ir a la cancha y uno le dice que no, porque hay que cohibirse más, por temor a la violencia, a que le hagan malas cosas (Madre 1, entrevista individual).

En este sentido, es muy llamativo que las madres participantes sienten gran desconfianza dentro del ámbito donde se supondría estarían más protegidas sus hijas: su propia casa (“*pues muchas veces los papás tienen malos pensamientos sobre todo con las niñas*”) y han perdido la confianza en la comunidad (“*uno le encargaba la niña a la vecina, ya eso no se puede hacer*”). Esto significa que el espacio privado no es sentido como un espacio habitable y seguro, lo que puede deberse al hecho de que es precisamente en la intimidad familiar donde se han ejercido las violencias en contra de los niños en general y de las niñas en particular con el abuso sexual. Esto además de ser un asunto real que cada vez está más difundido -gracias a la posibilidad de la denuncia-

⁶ Situación que parece reafirmarse en las estadísticas, según las cuales, una de cada 4 niñas y uno de cada 8 niños son sexualmente abusados antes de llegar a los 16 años) <http://www.monografias.com/trabajos12/violfam/violfam.shtml>

se ha convertido en parte de los imaginarios y representaciones de la crianza. En general, las madres desconfían de los varones porque ellas han sido víctimas de abuso.

A este respecto encontramos que aunque la madre 4 considera que a los niños y a las niñas se les cuida por igual, se observa en su discurso el cuidado particular hacia las mujeres en lo que concierne al riesgo de abuso sexual en la primera infancia y al ejercicio de su sexualidad a futuro. Es de anotar que esta no es una preocupación ajena a su cotidianidad, estamos hablando de mujeres y familias vulneradas y vulnerables que viven en condiciones de alto riesgo real. No es un asunto solo de discriminación de género o moral sexual, sino que responde incluso a vivencias que estas mismas mujeres han tenido de abuso, abandono, maltrato, entre otros.

Así mismo, el contexto de violencia que rodea a las familias, enciende las alarmas frente al cuidado que se debe tener con los hijos sean varones o mujeres, y aunque aparentemente hay que proteger por igual tanto a los hijos como a las hijas, sobresalen las precauciones para con las niñas, peligro real que experimentan en la cotidianidad, donde en muchas ocasiones el cuerpo de las mujeres niñas y adultas se convierte en botín de guerra para los actores en conflicto en sus comunidades, generando una contradicción aparente entre el discurso y la acción.

La pregunta por la crianza también trae consigo ambivalencias que no son conscientes ni claramente expresadas...

Sí porque el decir de nosotras como mamás es de que los hijos se quieren por igual y pues yo digo de quererse por igual sí, *pero siempre uno lleva en la mente que la crianza es diferente*, entonces yo digo que sí. (Madre 4, entrevista individual).

Expresiones como las anteriores, “muestran en parte ideas, actitudes y prácticas de cómo se ha elaborado o construido la diferencia sexual en la cultura, es decir, cómo se ha construido el género” (Lamas, 1995), pues es en las familias es donde se transmiten las diferencias de género, aun antes de nacer. Antes del nacimiento, y en función de los estereotipos que se tienen frente al sexo biológico, se ponen en marcha toda una serie de dispositivos sociales que se dirigen a la diferenciación de niños y niñas. Estos están

presentes en aspectos como la asignación de nombre, de vestuario, de accesorios, de comportamientos adecuados e inadecuados, entre otros; de tal forma que se comienzan a establecer diferencias entre ser hombre y ser mujer desde el nacimiento, tratándolos de forma distinta, de acuerdo con lo esperado socialmente.

No obstante, es en la familia, donde también se pueden experimentar transformaciones en este sentido: lo que encontramos es que hay una preocupación de estas madres por el cuidado de sus hijos e hijas durante el primer año de vida, reconociendo que los niños y las niñas son vulnerables por el solo hecho de ser humanos, porque están en condiciones de fragilidad por su edad y por lo tanto requieren de cuidados y afectos, independientemente del sexo que tengan. Todas las mujeres participantes adujeron que *a las hijas y a los hijos se les quiere por igual*.

Estas mujeres vivencian la maternidad como un “don”, una oportunidad que asumen con la esperanza de que la vida de sus hijos e hijas sea diferente, esperan una especie de compensación frente a sus propias experiencias de deprivación afectiva, económica y social que como mujeres - madres han tenido que enfrentar. Se considera que esta es una muestra de buen trato porque da cuenta del tipo de seres humanos que son estas madres, de una acción moral situada y de los valores éticos con los que cuentan y que reafirma la esperanza que tienen estas mujeres de superar las adversidades vividas por medio de la crianza de sus hijos e hijas.

Aunque se pueden observar diferencias de acuerdo al sexo en el vestuario marcadamente distinto para los niños con respecto a las niñas, los nombres asignados, los accesorios, los colores utilizados en el vestuario, los juguetes, ellas ejercen un cuidado amoroso con sus hijos e hijas que les asigna un lugar en el mundo, y aunque en cada familia la madre es sola y responde a su entorno con sus recursos, es posible observar ciertos comportamientos que se repiten en las historias de vida compartidos por ellas. A pesar de la vulnerabilidad, la subjetividad emerge como posibilidad de transformación en la relación con otros, donde experimentan la maternidad como acontecimiento aun en medio de las carencias; como una posibilidad de trascendencia y resistencia, como proyección y esperanza de futuro.

En definitiva estas mujeres madres privilegian el cuidado para permitirles la sobrevivencia, satisfacer las necesidades y el ingreso a la sociedad a sus hijos e hijas en el primer año de vida, y muestran generosidad al hacerlo, pues para ellas lo importante es el cuidado dada la fragilidad por su condición humana en esta etapa del desarrollo y no por su condición de ser niño o niña.

BIBLIOGRAFÍA

- Barudy, J. y Dantagnan, M. (2005). *Los buenos tratos a la infancia. Parentalidad, apego y resiliencia*. Gedisa.
- Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea. El debate sobre la mujer y la nueva mirada de la teoría moral*. Barcelona: Gedisa.
- Buen Comienzo Había Una Vez. (Agosto 2010). *Caracterización socio demográfica*.
- Burin, M. y Meyer, I. (1998). *Género y familia. Poder, amor y sexualidad en la construcción de la subjetividad*. Argentina: Paidós.
- Carrasquilla M, F. (1996). *Escuchemos a los pobres. Aportes para una antropología del pobre*. Medellín.
- Diaconia. (2003). *Iniciando la vida en los Andes. Aproximación a los patrones de crianza de familias andinas en la cordillera negra*. Lima: Roel.
- Diker, G. (2009). *¿Qué hay de nuevo en las infancias?* Argentina: Los Polvorines
- Fascioli, A. (2010) *Ética del cuidado y ética de la justicia en la teoría moral de Carol Gilligan*. Departamento. Filosofía de la Práctica – UDELAR. Revista ACTIO 12.
- García González, N. (2010). Reflexiones sobre la importancia de incorporar la perspectiva de género en los análisis de vulnerabilidad. *Revista de Estudios de Género. La ventana*. IV, 31, 7-35. Universidad de Guadalajara.

- Lamas, M. (1994). El cuerpo: diferencia sexual y género. En: *Debate feminista*, 10, 3-31.
- Lamas, M. (s.f.). La perspectiva de género. En: *Revista de Educación y Cultura de la sección*, 47, del SNTE. En: <http://www.latarea.com.mx/articu/articu8/lamas8.htm>
- Nussbaum, M. (2002). *Las mujeres y el desarrollo humano. El enfoque de las capacidades*. Barcelona: Herder.
- Nussbaum, M. (2006). *Las fronteras de la justicia. Consideraciones sobre exclusión*. Barcelona: Paidós.
- Peralta, M. (2006). *El concepto de desarrollo*. En: Nuevo enfoque de la educación y atención infantil. En el marco del proyecto: Instituto para el desarrollo y la innovación educativa (IDIE – OEI) en educación inicial y derechos de la niñez.
- Pérez Contreras, M. (2005). Aproximación a un estudio de vulnerabilidad y violencia familiar. *Boletín Mexicano de derecho comparado*, 113. México.
- República de Colombia. Ministerio de Educación Nacional. (2010). *Desarrollo infantil y competencias en la primera infancia*.
- República de Colombia. Ministerio de Protección Social. (2010). *Encuesta Nacional de Demografía y Salud*
- Rogoff, B. (1993). *Aprendices del pensamiento. El desarrollo cognitivo en el contexto social*. Barcelona: Paidós.
- Savater, F. (1995). *El valor de Educar*. Barcelona: Ariel.
- Tenorio, M. & Sampson, A. (2000). *Cultura e infancia*. En: M. Tenorio (Ed.), Pautas y prácticas de crianza en veintitrés regiones del país. Serie de documentos de investigación. Ministerio de Educación Nacional y Organización de Estados Iberoamericanos –OEA–. Santafé de Bogotá: Punto Exe.

Tenorio, M. (2000). *Pautas y prácticas de crianza en 23 regiones del país: en familias colombianas*. Ministerio de Educación Nacional. Santafé de Bogotá: Colombia.

Vélez, R. y Galeano, M. (2000). *Investigación cualitativa. Estado del Arte*. Universidad de Antioquia. Medellín.